

Aplausos

Eran las siete y media de la tarde, llevaba un buen rato esperando el autobús para volver a casa desde el trabajo. “Ojalá pudiera teletrabajar”, pensé, mientras miraba el reloj con impaciencia y me ajustaba la mascarilla. Pocos minutos después llegó el autobús, subí en silencio, pasé la tarjeta y me senté al fondo, como siempre. Tras de mí, subieron otros tantos pasajeros. “¡Hombre, ya era hora!”, “¡Hubiera llegado antes andando!”, “¿Desde dónde vienes, hijo?” y otras dedicatorias como estas, que mezclaban la sátira con lo pasivo-agresivo, eran recibidas con resignación por el chófer, como si formase parte de su trabajo tener que soportar cierta cuota de daño emocional por algo ajeno a él, pero que era aceptado, como un contrato social.

Durante el viaje, las mismas personas que criticaron al chófer siguieron con su tarea con un tono de voz visiblemente alto, buscando la implicación del resto del coche, aunque sin mucho éxito. Paradas más tarde, bajaron y se pudo escuchar un suspiro sosegado de paz proveniente del conductor, que retomaba la ruta.

Mi reloj sonó, acababan de dar las ocho de la tarde y, aunque no podía escucharlo desde dentro del autobús, sentí moverse la ciudad hacia los balcones, ventanas y patios. Me puse en pie casi instintivamente y comencé a aplaudir, aunque esta vez movido por otro impulso. Mis palmadas sonaban descompasadas y lentas, pero eran firmes, tenían un claro objetivo. Compartí por unos minutos todo el apoyo que le habíamos dado a los sanitarios durante meses desde nuestras casas al resto de personas que también trabajaban para

asegurarnos que, aunque todo había cambiado, iban a hacer lo posible porque no lo notásemos.

Claro que el servicio no es el mismo: hay retrasos, menos plazas y ha bajado la frecuencia del transporte público, pero sigue estando ahí, prestando servicio, casi impertérrito, y eso, sinceramente, es de agradecer.

Según iba pensándolo, sentí cómo aplaudía con más fuerza, y como un tímido pero seguro aplauso iba tornándose consistente como una roca, miré a mi alrededor y vi que un par de pasajeros más, como movidos por telepatía, entendieron mi mensaje sin necesidad de palabras. Fueron levantándose uno a uno. “¡Bravo!”, se atrevió un señor de la parte delantera, “¡Valientes!”, arengó una chica. El clamor se contagió y, aunque levemente enmudecidos por la tela de las mascarillas caseras que llevábamos, conseguimos hacer que el chófer, al llegar a la última parada, se levantara del asiento y nos hiciera un ademán muy afectuoso desde lejos, dándonos las gracias por los aplausos. La emoción se apoderó de él y, mientras se enjugaba las lágrimas, balbució agradecimientos y nos dijo que sólo hacía su trabajo lo mejor que podía. Todos nos emocionamos.

El chófer se apeó del coche despidiéndose mientras entraba una compañera para sustituirle, a la que también recibimos con aplausos. Mientras bajábamos, uno a uno nos fuimos secando las lágrimas de la cara, con cuidado de no quitarnos las mascarillas, visiblemente mojadas por las lágrimas.

HP Reyes